

Antropoide de fondo*

Contemplando desde mi balcón el panorama de París

Hay algo en el fondo de nuestro cuerpo del antropoide de que descendemos que debe de sentirse atónito ante esa cosa extrañísima que le ha llevado a él, con nosotros, en nosotros, hasta este universo de rascacielos e ingenios técnicos: la conciencia humana. Ese resto de antropoide primigenio es el que nos inspira el asombro que, pese a la rutina civilizatoria, nos atenaza en nuestros momentos de intuición ingenua ante este universo que hemos creado y que nos crea cada vez más a nosotros. Imaginemos: qué aventura prodigiosa si se pudiera soltar a uno de esos antropoides parahumanos, los homínidos, ya con alguna chispa más o menos vigorosa de conciencia, en medio de una gran urbe moderna. ¿Cuál sería su reacción? ¿Perdería esa chispa de conciencia y retornaría al primitivo estado de naturaleza? ¿O se volvería loco y entonces, de un salto, se volvería ya plenamente humano? (Pero ¿puede concebirse un animal loco?) La conciencia es extrañeza del mundo natural, pero ¿hay algo más extraño dentro de éste que la conciencia? La simple afirmación de que la conciencia está *dentro del mundo natural* es ya de una radical incongruencia. ¿Cómo puede estar lo temporal en lo extenso, el tiempo en el espacio? El sobresalto de nuestro antropoide de fondo ante la conciencia se cruza quizás en los vericuetos de nuestro organismo viviente con el sobresalto de nuestra conciencia ante el misterio impenetrable de lo natural, del antropoide que es nuestro origen.

Descubrimiento de la belleza

El corpulento y peludo homínido, de pie, pero encorvado, largos los brazos un poco colgantes y cortas las piernas en ligera comba, sube, alguna

* Del libro inédito *A contratiempo*.

vez a cuatro patas, por las rocas del serrijón. El sol se va hundiendo lento y solemne por entre los cúmulos y cirros del crepúsculo, incendiándolos en soberbia hoguera. El homínido se apoya a veces, para escalar, en un largo y pelado hueso de animal, que le sirve de bastón y de arma al mismo tiempo. En la mano izquierda lleva una piedra tallada muy toscamente, puntiaguda y cortante. En su desnudez asciende ágil y poderoso por los roquedos, salta con facilidad de antropoide por encima de las rieras y barrancas, se detiene a veces husmeando el aire ya ligeramente húmedo del crepúsculo. Y simultáneamente hace girar sus ojos con rapidez en sus sombrías concavidades. Con la presa del día —un hermoso impala— ha saciado su hambre, junto con sus compañeros de horda. Pero su instinto de caza no le abandona nunca. Por eso mira a su alrededor con su aguzada vista y husmea en el aire el olor de la posible presa. Tras el gran festín de carne pasada someramente por el fuego ha sentido un vivo deseo de estar solo, deseo muy raro y siempre turbador. Es como si de repente sintiera, ahora que está ahíto, un vacío en el estómago. Eso le ha hecho gruñir vagamente hacia sus compañeros, mientras daba un ligero empujón (quizá quería ser amable, ¿o era un aviso?) a su pareja, que es ya *su* pareja, un homínido hembra de corta estatura y cuerpo comparativamente mucho más fino y grácil; ésta se le ha quedado mirando inmóvil, con actitud y ojos sumisos, mientras él se apartaba del grupo. Ahora que asciende la sensación de vacío en la boca del estómago se ha ido disipando. Pero el deseo de estar solo se ha vuelto más vivo, turbadoramente acuciante. Algo extraño le impulsa hacia la cima del roquedal sin ningún fin concreto. Sigue subiendo pero no sabe para qué. Ahora la sensación de vacío es más bien la de flotar: se siente ligero por dentro y como un poco mareado. Se detiene un momento agarrándose a un árbol de aspecto canijo, de los pocos que pueden verse por estos parajes altos, apartados del valle. Y vuelve el rostro hacia atrás, hacia el sol que se pone majestuoso por occidente, más allá, mucho más allá del ancho y pardo valle africano por donde la horda persigue sus presas y defiende (con muchas dificultades) su territorio de otras hordas codiciosas. El homínido termina de escalar el roquedo. Deja su arma-bastón apoyada en un mogote, suelta la piedra en el suelo y se sienta en lo alto. Husmea de nuevo el aire, como si gustara la frescura del crepúsculo. Y se pasa la peluda mano por la cabeza de revueltos cabellos. Mira ahora hacia el incendio de las nubes en el horizonte, una explosión de tintes rojos, rosados, amarillos, violetas... Y se queda totalmente inmóvil. Sus inquietos ojos están ahora clavados en el sol enorme que entre nubes empieza a ocultarse tras la raya del horizonte. Un leve gruñido sale de su boca. Y hay en todo su rostro como una luz de sorpresa. Una luz que fulge particularmente en la mirada de sus ojos, ahora inmóviles y redondos. Una pa-

reja de impalas pasan dando pequeños saltos a pocos metros del homínido. Pero éste no se inmuta. Lejos desde el valle llega asordado el grito de llamada de la horda. El peludo ser sentado en lo alto de la roca parece no oírlo. Apoya sus brazos en la piedra a su espalda, el cuerpo echado ligeramente hacia atrás, y el rostro se le va demudando, iluminado por el tornasol del crepúsculo, mientras sus labios se abren ligeramente en algo que se diría una sonrisa y sus ojos parecen velarse tenuemente con un halo húmedo... En ese instante único el hombre ha terminado de nacer, en un parto de centenares de miles de años. Después de haber aprendido a fabricar el arma-herramienta de que se sirve su mano, hecho ya el descubrimiento fundacional del fuego, *el homínido acaba de descubrir la belleza*. Y el hombre pisa ya firmemente las regiones de su aurora. Centenares de miles de años más adelante Diego Velázquez se dispone a captar con sus pinceles la luz rosada del poniente en la sierra madrileña; Juan Sebastián Bach se sienta ante su clave trazando con sus ágiles dedos las espirales del *Arte de la fuga* mientras por la vidriera del alto ventanal de su casa de Leipzig penetran los últimos rayos del sol; y Friedrich Nietzsche contempla absorto el crepúsculo desde las alturas de la Engadina meditando sobre el superhombre.

Contra la cultura de la muerte

Comprendo a Elías Canetti cuando proclama colérica y repetidamente (véase su libro *La provincia del hombre*) su odio inextinguible a la muerte. Cortante y apasionado, nos invita a una cruzada general e implacable contra el fantasma que nos hiela la sangre, a una *guerra a muerte contra la muerte*. Lo grave podría ser que ese odio a la muerte se nos convirtiera en odio a la vida. El resbalón es casi inevitable. Porque ¿qué es la muerte sino el fin de la vida? Odiar la muerte es, pues, odiar el fin de la vida. Pero ¿puede la vida humana tener sentido si no tiene fin, si no se acaba? Todo en la vida de un hombre está hecho para pasar, para extinguirse, desde el amor hasta sus riñones, desde la alegría del niño que juega hasta la alegría del adulto que escucha una sonata. La vida que conocemos y que amamos con toda nuestra carne y todo nuestro alma es así, es vida, porque no es eterna, *porque se acaba*. Si nuestra vida fuera eterna, pese a toda su hermosura y su exaltación, la odiaríamos. Pediríamos a la naturaleza que creara la muerte, como tan sensatamente decía Montaigne. El cual, y ahí está la paradoja, tenía un vivísimo miedo a la muerte. Como cualquiera de nosotros, por lo demás. Esa aporía no hay quien se la salte, filósofo o porquero. Pero la verdad es la verdad. Acostumbremos a ella

nuestro sentir y nuestro pensar. No hay otra manera de alcanzar cierto grado de sabiduría.

Instrucción primera que una pedagogía inteligente y vitalmente robusta debiera aplicar a todos los alumnos de centros de enseñanza a partir de los diez años: leer y comentar por lo menos una vez al mes el *Fedón* platónico, con su espléndida descripción de la muerte de Sócrates. Podrían así observar esos pimpollos de hombre que se disponen a vivir, cómo un hombre puede utilizar su muerte obligada (como la de todos) para potenciar y exaltar su vida. Ésa es la lección que todos necesitamos, no la del Kempis ni la del *Sic transit gloria mundi* de Valdés Leal: la muerte como podredumbre y despojos que infectan la existencia. Sócrates la ve como un acto de vida. ¡Sublime lección! Aprender a considerar la muerte desde la vida y no la vida desde la muerte: ¿hay más alta sabiduría?

Otro soberbio ejemplo de vitalidad ante la muerte, que la Unesco debería declarar patrimonio de la humanidad: esa sanísima costumbre de los «pelaos» mexicanos, de todo un pueblo en realidad, consistente en representar a la muerte en las múltiples facetas de la vida cotidiana, hasta en los juguetes infantiles. Costumbre que el alto poeta Luis Cernuda comenta en sus *Variaciones sobre tema mexicano* con estas instructivas palabras: «El niño entre cuyas manos la representación de la muerte fue un juguete debe crecer con una mejor aceptación de ella, estoico ante su costumbre inevitable, buen hijo de una tierra más viva acaso que otra ninguna, pero tras de cuya vida la muerte no está escondida ni indignamente disfrazada, sino reconocida ella también como parte de la vida.» ¡La muerte como parte de la vida, y no la vida como parte de la muerte! ¿En qué lista internacional de indicadores de progreso y civilización está incluida esta robusta lección de un pueblo «subdesarrollado»? A su lado, ese modelo de desarrollo y civilización que son los Estados Unidos de América es, en la relación esencial con la muerte, de un infantilismo y de una necedad que claman al cielo. ¿Quién puede civilizar a quién?

La muerte —¿lo sabemos?— es una cosa tonta y manida. Un formidable tópico. O mejor, con galicismo ya viejo: un lugar común. ¡Y vaya si es común! Primero: a él vamos todos, físicamente: es nuestro punto de convergencia universal. Segundo: en él caemos todos: es nuestra arraigada y persistente majadería. Una cosa inane como la muerte, a fuerza de darle vueltas y más vueltas con nuestra cabeza y nuestro corazón, se convierte en el Punto Omega cósmico, como decía el jesuita aquel. «Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar / que es el morir»: admirables versos para una necedad que todos los humanos vivimos profundamente, como si se tratara de la esencia de la vida. pero no... ¿Lo sabemos? Lo sabemos. La muerte no es más que un cero a la izquierda. O, si queréis, el Cero Absolu-

to, solito y redondo él. ¿Y qué puñetas se puede decir de tan abrumadora inanidad, de tan vacuo lugar común? Hablemos de la vida, hermanos, hablemos de la vida. La muerte es irremediable, lo sabemos y lo requetesabemos. No lo es, en cambio, la cultura de la muerte. Y eso es lo que hay que combatir como la peste, esa peste que nos ha inoculado el cristianismo *eclesiástico* (el fundador se inclinaba netamente del lado de la vida). Rechacemos la enfermiza, la putrefaciente idea del vivir para morir (el *Scio me vivere ut moriar* de Petrarca, el *Sein zum Tod* heideggeriano), ese pudriero metafísico que se instala en el centro de nuestra conciencia para aguararnos la fiesta de la vida. Nuestra divisa sea vivir para vivir. Vivir para enriquecer la vida, para hacerla más hermosa y más digna. Y que el resto sea silencio, como decía Hamlet.

Nuestro supervecino el cuerpo

¿Habrase visto mayor desahogo? Me paso la vida agradeciendo a este o aquel convecino el favor (aunque sólo sea una sonrisa) que haya podido hacerme. Cumpló como puedo con la noble tarea del agradecimiento. Pero ¿cuándo me acuerdo con un mínimo de gratitud de uno de esos supervecinos a quienes les debo todo? Por ejemplo, los canales renales o la hipófisis. Decidme, amigos: ¿qué podría hacer cualquiera de nosotros sin canales renales o sin hipófisis, por no utilizar palabras mayores como corazón, pulmones o hígado? ¿Qué podríamos hacer, decidme? Kaput. Nada. Cero. Y, sin embargo, ¿cuándo nos acordamos de ellos? ¿Tenemos ni siquiera el gesto de enviarles una tarjeta de agradecida amistad por Navidad o Año Nuevo? ¡Que si quieres arroz, Catalina! ¡Názulas con queso! ¡Ahí te pudras! ¡Si te he visto no me acuerdo!... Pues ¿y qué decir de la glándula pituitaria, ese órgano extraño cuya función nunca sabemos exactamente en qué consiste, pero que todos nos sentimos la mar de orgullosos de poseer? Piense usted, mi amigo: sin mi mujer, sin mi hija queridas y adoradas, sin mis imprescindibles amigos a quienes a menudo dirijo mis afectuosos pensamientos, la verdad sea dicha, podría seguir viviendo, ¿no le parece?, por lo menos seguir adelante hacia donde ya sabemos. Pero ¿sin mi glándula pituitaria, vive Dios? ¡Fulminado, le digo a usted, fulminado! Y así sucesivamente... En resumen, que soy míseramente incapaz de agradecer su preciosísima existencia a esos al parecer anodinos, insignificantes adminículos, sin los cuales, precisamente, no podría agradecer a nadie nada. Del único supervecino íntimo de que nos acordamos con alguna frecuencia es el corazón. Pero nuestro mérito es escaso. ¿Cómo no oír al gran estrepitoso? Ya está dando él noche y día sus aldabonazos para que pare-

mos de cuando en cuando las mientes en su existencia. Pero, claro, llega un día en que Santa Bárbara truena y los humildes olvidados y preteridos aúllan un ¡Basta! retumbante y pavoroso. ¡Se acabó el «silencio del cuerpo» que dábamos por descontado! El esclavo se insurge y grita su existencia soberana. Nuestros canales renales, nuestra hipófisis, nuestra pituitaria, nuestro hígado, nuestras modestas y laboriosas células... —todos nuestros grandes acreedores, vamos—, justamente enfurruñados de nuestra indelicada altivez, saltan a la palestra, generalmente uno a uno, en ocasiones varios juntos: ¡Ya está bien de mantener gratis a este señorito piojoso e ingrato que se cree hijo de las nubes! ¡Ahora nos las va a pagar todas juntas este mal nacido! Y se las pagamos, claro. Con la noche oscurísima, al final. ¡Qué vergüenza, mi amigo! ¡Y qué tortura del alma! Porque es verdad que somos ingratos con la legión de criaturitas que nos mantienen en los límites de nuestra piel. Pero lo gordo es que, si no fuéramos esos perros ingratos, no podríamos vivir. O, de vivir, sería en un manicomio. «¡Parla, cane!», apostrofaba soberbio Miguel Ángel a su Moisés de piedra. «¡Tace, cane!» (Calla, perro), gritamos imperiosos a nuestro cuerpo. Calla para que podamos dedicar toda nuestra atención, todas las energías que te debemos, sí, que te debemos, al amor, al placer, al espíritu... ¡¡a las nubes!!

El destino que nos falta

¿Habéis pensado en que una de las malas pasadas que nos juega el destino consiste en darnos cuenta de que los acontecimientos fundamentales de nuestra vida son a menudo hechos banales, simples incidencias que pasaron casi inadvertidas y a las que nos asombra no poder conferir un sesgo trascendental? Quisiéramos que hubiera quedado marcado con la piedra blanca del deslumbramiento o con la piedra negra de lo trágico lo que nos pasó tal hora de tal día o tal día de tal año. Y resulta que cuando lo vivimos se trataba de hechos indiferentes u ordinarios que no parecían en modo alguno marcados por el destino. Luego terminamos por comprender que el destino no existe, que es sólo la estela que van dejando tras sí nuestros actos y nuestras circunstancias. Visto a posteriori, ese error de acto en acto, de circunstancia en circunstancia, se nos aparece como una línea continua, recta, quebrada o curva a trozos. Pero en el momento de vivirlos se trataba sólo de momentos, de puntos cuya significación se acaba en ellos mismos. El retrato de nuestra vida está pintado en estilo puntillista. De ahí la fascinación que nos causan esos retratos de una sola pieza y un solo trazo que son las grandes figuras trágicas como Ajax, Don Quijote o Hamlet: ellos sí tienen un destino que se desarrolla ante nuestros

ojos con la imponente convicción de una órbita celeste. Ellos son el destino, el que no tenemos nosotros, frágiles figurillas puntillistas a punto de disolverse en el aire ambiente. *Calme bloc ici-bas chu d'un désastre obscur*: el verso de Mallarmé sobre Edgar Poe puede muy bien servir para caracterizar a estas figuras que el hombre se inventa para inventarse un destino. En la imaginación literaria (o en general artística) se unen y organizan los dispersos y evanescentes puntos de nuestra vida para formar una figura significativa: por ella recibimos una sospecha de destino.

Un genocidio cultural

Lo grave no es tanto que nuestra civilización del consumo nos ofrezca cosas tontas a porrillo como que en ella reine todopoderosa Su Majestad la Estulticia. ¿Como en todas las épocas? Tal vez, pero sin la inaudita capacidad de propagación y dominio que hoy le presta la técnica. Ahí está —y es sólo un ejemplo— la televisión, universal entontecedora. Se ha hablado y se habla profusamente de su capacidad de apisonadora de cerebros, pero hay algo que me choca particularmente: la «urbanización» mental del campesino por el nivel más bajo de la cultura urbana. Antes, el campesino vivía de una cultura ancestral que le prestaba cierto carácter y, a menudo, una dignidad manifiesta; tenía, por ejemplo, una manera sentenciosa de hablar (aunque fuera en la forma a menudo degradada de los refranes); sus modales eran pausados, incluso torpes, pero impregnados de cierta nobleza; aunque frecuentemente analfabeto, su inteligencia práctica, pegada a las realidades de la vida, era viva y creadora (lo del «cretinismo aldeano» típico del optimismo industrialista de Marx y otros pensadores del XIX, no pasa de ser pura barbarie racionalista)... ¿Y qué ha hecho la tele —y, con la tele, la entera civilización del consumo— de ese hombre dotado de una personalidad y de unos valores estimables? Un *clochard* mental de las ciudades modernas, un papagayo que repite la hueca palabrería televisiva (hasta termina por perder a veces el sabroso acento del terruño para apropiarse el habla robotizada que le sirven desde la pequeña pantalla esos muñecos llamados presentadores o animadores, tan a menudo notorios cretinos orgullosos de su cretinismo)... Un auténtico genocidio cultural. Un hombre que llevaba algo valioso dentro se convierte en el *homo vacuus universalis* típico de nuestras sociedades. Un súbdito más de Su Majestad la Estulticia, alimentado con las sobras de esa cultura de quita y pon que pergeñan en sus lujosos cubículos los diseñadores de la producción capitalista. De la hermosa cultura del pasado y del presente, que esos diseñadores desprecian ignorándola, seguirá tan ayuno como antes, habiendo ade-

más perdido su propia cultura vital. Resultado: un guiñapo más. Sin duda por razones biográficas, es ése uno de los aspectos degradantes de la civilización del consumo que más me conmueven y sublevan.

La vida como mercadería

Sopesa, mi amigo, qué es mejor: vivir podrido de deseos que uno no puede satisfacer, o vivir sin poder tener deseos reales y fuertes en una sociedad que ofrece miríadas de cosas, de productos, no para satisfacer los deseos esenciales del individuo sino los pseudodeseos que en él induce la pervertidora publicidad en todas sus formas. La civilización del sofisticado cachivache termina por privarnos de ese motor esencial y suprema cualidad vital que es nuestra capacidad de desear. Me pregunto si algún día la megamáquina capitalista no será incluso capaz de inducir en nosotros, con sus infectos poderes de persuasión, esos mismos deseos fundamentales que ahora descuida o trata de asfixiar: la luz, el aire puro, el silencio de la naturaleza, el amor de las criaturas, la camaradería, la poesía del existir... En cuanto logre convertir en marcaderías todo eso que se nos da gratuitamente por el hecho de nacer (como ya hace en buena parte con el amor, gracias a su *industria* —¡qué infamia!— del sexo), la megamáquina tratará de inducir y regentar esos deseos para utilizarlos como poderoso motor del mercado mundial. Naturalmente, se tratará de deseos ficticios, adulterados, prostituidos. Pero hasta de eso es capaz de privarnos la apisonadora «civilizatoria». El proceso general de robotización habrá dado entonces un paso de gigante.

¿Identidad cultural?

Yo me identifico sin ninguna dificultad con un hombre del siglo XIV, un arcipreste sensual y moralizador, cuando para contar un «disparate de amor» dice donosamente: «Sembró avena loca ribera de Henares». Los dos, el arcipreste y yo, chapoteamos en la misma corriente: la lengua castellana que nos hace y deshace. Pero ¿acaso me identifico menos con un desgarrado y conmovedor príncipe de Dinamarca cuando insomne escudriña *the undiscovered country of Death* (el país inexplorado de la Muerte)? Al príncipe como a mí nos conturba el temblor de vivir. Como individuo, puesto a buscar, podría encontrarme centenares de identidades culturales y humanas en las que vivo y de las que vivo. A no confundir, pues, con la «identidad cultural» como concepto y marchamo colectivo y político, a menudo

pura barrera defensiva frente al otro más poderoso e invasor. La identidad concebida como sello colectivo —las señas de un pueblo— es por naturaleza exclusivista y, por consiguiente, reductora de las múltiples identidades de cada individuo. Puede servir como etiqueta política y aun como fundamento de agrupación colectiva, pero no de cauce para una relación profunda de hombre a hombre.

¿Salvarse por el arte?

¡Cómo se podría vivir si no existieran las *Variaciones Goldberg*! Ya lo dijo muy rotundamente Nietzsche: «Sin la música la vida sería un error». Y, sin embargo, ¿qué hacemos con quienes —la inmensa mayoría de nuestros semejantes, sí, sí, semejantes— ni siquiera saben que las *Variaciones Goldberg* existen? ¿La justificación, la salvación por el arte es sólo asunto de los *happy few*? ¡Sería una vergüenza! No, ese imperativo, para que sea kantianamente universal, tiene que renunciar a todo carácter culturalista o esteticista. Hay *Variaciones Goldberg* de las que no sabemos los sabedores y de las que sabe el hombre sencillo por el simple hecho de ser hombre. Sepamos buscar en el inmenso silencio de los hombres anónimos. Ellos tienen también su alta palabra que decir, su alta música que cantar...

Bach y Beethoven se tapan los oídos

Imaginemos a Juan Sebastián Bach acabando de componer su *Sonata núm. 2 para violín solo* y a Ludwig van Beethoven dando la última mano a su *Cuarteto núm. 15*. Sigamos imaginando que al primero el Dios del futuro le hace oír la *Sonata para violín solo* de Béla Bartok y al segundo el *Cuarteto para el fin del tiempo* de Olivier Messiaen. Imaginemos la reacción de los dos mayores genios de la música que hayan venido a alegrar el destino de los hombres. ¿Cabe alguna duda sobre ella?: los dos se echan las manos a la cabeza, o se tapan los oídos, o se quedan fríos como témpanos; en cualquier caso, reacción totalmente negativa ante... dos de las más hermosas obras maestras que nos haya regalado la música de nuestro siglo. Me alegraría que alguien pudiera convencerme de lo contrario, pero lo veo difícil. La verdad es que resulta doloroso tener que aceptar semejante conclusión, porque parece grotesco que cualquiera de nosotros, el más insignificante melómano de nuestros días, pueda admirar rendidamente las dos obras soberbiamente clásicas y las otras dos frenéticamente modernas y que en cambio ello les habría estado vedado a quienes dominan con su

obra la música de todos los tiempos. Pero no hay que escandalizarse de tamaña paradoja. No se trata de dioses omnipotentes y omniscientes sino de hombres, aunque geniales, limitados histórica y culturalmente. Ni Bach ni Beethoven podrían vivir en gigantesco atajo toda la evolución musical y, genéricamente, cultural de los cientos de años que les han seguido y que hicieron posibles las obras de Bartok y de Messiaen. Ese salto es imposible, es decir absurdo. Pero es que, además, todo creador vive y construye su obra en su círculo cerrado personal: la creación es un *huis-clos* consigo mismo que no admite intrusiones del pasado y, menos aún, de un futuro inimaginable. La gran obra de arte hace de algún modo el vacío en su torno. El creador, por muy impregnado que esté de su medio histórico-cultural, crea en el silencio de su interior morada, en la limitación de su particularidad. Y es así cómo alcanza la universalidad. Otra cosa es pedir peras al olmo, intentar salirse de la condición humana.

Un silencio cargado de voces

El mundo de la técnica y su vocabulario no suelen ser literariamente muy sugestivos. El intento de poetizar ese mundo y esas palabras por los futuristas de principios de siglo nos parece hoy irrisoriamente superficial. Pero, como todo en la vida, la técnica, hoy tan invasora, tan omnipresente, en cuanto se convierte en experiencia vital es materia propia del quehacer poético. La poesía es cuestión de intensidad de la experiencia alcanzada mediante el juego de sonidos y significaciones de las palabras. Cualquier vivencia puede alcanzar, en el espíritu del poeta, ese nivel de intensidad.

Podría parecer que la palabra «teléfono», tan manida hoy como el instrumento mismo que designa, cachivache práctico que es ya casi una prolongación de nuestro propio cuerpo, no tiene la menor resonancia poética. Y, sin embargo... Recordaréis seguramente un mágico episodio de *La recherche* proustiana en que el narrador toma por trampolín precisamente el teléfono, entonces en sus comienzos, para elevarse a una estremecida meditación poética sobre la presencia y la separación del ser amado. Gracias a la «magia admirable» del teléfono y por intermedio de las «sacerdotisas de lo Invisible» (las señoritas telefonistas), el narrador habla entre Doncières y París con su abuela (en realidad su madre: la del mismo Proust) y se asombra de una voz que cree oír por primera vez, aislada como está del contexto entero de la persona querida, cual «si clamara desde las profundidades de donde ya no se vuelve», «fantasma tan impalpable como el que tal vez volvería para visitarme cuando mi abuela estuviera muerta»... La voz que le llega al ausente es una voz cargada de silencio: del silencio

que mortalmente acecha en las inexploradas regiones del futuro, del silencio que clausura día a día nuestro pasado...

Para nosotros, europeos de este final del siglo XX, ahitos por tanto de prodigios técnicos, el teléfono ha perdido en gran parte su magia y su poesía. Hoy no pasa de ser un adminículo más de la vida práctica. Y no sería nada fácil que a través de él sintiéramos que nos habla lo Invisible. Pero en cualquier vida, hasta la más anodina y serial, hay momentos en que por el cauce de lo rutinario y lo consabido se introduce como un relámpago la voz de lo invisible o, si se quiere, la voz del silencio. Uno de esos momentos hube de experimentarlo yo, y aún persiste como un eco interminable por los aposentos de mi memoria, gracias a esa *admirable féerie*, hoy tan adocenada, del teléfono. Si el narrador de *La recherche* pudo oír hace un siglo una voz cargada de silencio, a mí me tocó oír, por un tiempo que aún me parece eterno, un silencio cargado de voces.

Eran los días finales del mes de mayo. El poderoso anciano que había sido mi padre enfilaba la recta final de su lenta marcha hacia la nada. El progresivo envenenamiento de su sangre por el casi nulo funcionamiento de los riñones le había privado de gran parte de sus facultades. Ya no hablaba, salvo por borborigmos incomprensibles o chasquidos de la lengua. Pero su robusta constitución le mantenía aún levantado: se sentaba en su sillón y miraba con ojos fijos y aun expresivos, cargados de un interrogante asombro, a quienes le rodeaban. Yo había vuelto por una semana a mi trabajo de París: pensaba que el desenlace, ya seguro y próximo, no era de todos modos inminente. O bien me dejaba cómodamente engañar por el inconsciente conato de negar la muerte, de afirmar la rebelde esperanza de la vida, hasta el último dintel. Es tan fácil no aceptar lo inevitable, mirar para otro lado cuando la Enemiga «por el otero asoma». El teléfono contribuía al engaño: mis inquietas llamadas cotidianas tenían a menudo por respuesta palabras tranquilizadoras de quienes se ocupaban del anciano. ¡Y cómo no estar dispuesto a creerlas cuando la pusilánime tacañería de la esperanza nos susurra constantemente al oído: un día más, una semana más, quizá un mes más...!

Con el anciano me era ya imposible cambiar ni una palabra. Intuía su presencia inquieta junto al aparato telefónico, quizás haciendo gestos enérgicos y desesperados. Pero no pedía hablar con él, ni él parecía probablemente ser plenamente consciente de quién llamaba y de qué se hablaba. Sin embargo, un día... Faltaban dos para mi vuelta a Madrid. Mi primo, como de costumbre, trataba de tranquilizarme: «¡No te preocupes! ¡No está peor!...». Súbitamente, noté como una ensordecida agitación, sonidos guturales, un pequeño golpe en el teléfono... como si se fuera a cortar la comunicación. Tras un instante la voz de mi primo volvió a oírse, un poco agita-

da, entrecortada: «Se empeña en hablarte... No sé... No puede... Te lo paso». Recibí como un choque. Esperanza de que al fin pudiéramos hablarnos. Temor a que... ¿A qué? No sabía exactamente. Noté un rebullicio, un nuevo golpe de teléfono, unos balbuceos borborígmicos como de un tartamudo luchando angustiosamente con la palabra rebelde... Y en ese momento, sin que yo me diera claramente cuenta, o sin valor para plantar cara al vacío que se despeñaba sobre nosotros dos a través del hilo telefónico, empezó la eternidad, esa aguda certeza del tiempo irrecuperable... Notaba una tensión latente que no lograba estallar y deshacerse en palabras. Sobreco-gido, incapaz de asumir la tragedia del instante, yo no sabía qué decir. Sólo algunas palabras sueltas y anodinas: «¿Cómo estás?... ¡Voy pasado ma-ñana!...». No oía sus palabras (no las había), pero sí su *feroz* voluntad de hablar que se traducía por imprecisos ruidos de las manos y de la boca, como si se tratara de un naufrago que, con los pulmones llenos de agua, braceara aún furiosamente para escapar al hundimiento definitivo en el glauco territorio de la nada.

¿Cuánto duró aquel silencio entrecortado de un moribundo que quería decir su último adiós a la vida en la persona de su hijo? No lo podría decir. Quizá fueron treinta segundos, tal vez tres o cuatro minutos... Ahora siento como si hubiera durado toda una eternidad, la eternidad. Era un silencio cargado de voces. Con un último esfuerzo de su férrea voluntad, el anciano me decía el adiós definitivo al que yo no supe contestar como contestaría un hombre entero porque la mayoría de los humanos somos de una torpeza infantil y una grosera cobardía ante la muerte: nos negamos en redondo a verla de cara, como al sol. Lo mismo el moribundo que quienes le rodean, dispuestos uno y otros torpemente a enmascarar el hecho fatal que se avecina. Mi padre, ahora lo veo con una claridad fulgurante, no se engañaba ni quería engañarme. En la semiinconsciencia de su agonía era capaz de asumir su muerte —como la había asumido serenamente toda su vida sabiendo que era la gran puerta de la nada— y tratar de darme valerosamente cuentas de ella. Le fallaban las palabras, no su silencio. Silencio elocuente en el supremo trance, más elocuente que miles de palabras... Porque la palabra de la muerte, el pensamiento del fin, tiende al silencio, como la poesía misma, esa «soledad sonora» en que se refugia el último conato del ser. El anciano me avisaba con su tenso, vibrante silencio: «Estoy muerto, voy a morirme. Ven en seguida. Quiero decirte adiós, hijo». Yo, mísero de mí, no tuve el valor de oír el mensaje que me venía de las profundidades del espacio y del tiempo a punto de ser abolidos. No cogí un avión inmediatamente: ya tenía el billete para dos días después. O, más sencillamente, no tuve la entereza, el instante de luz que rescata las sombras, de despedirme de él en los mismos términos, de hom-

bre que muere a hombre que ha de morir, juntos en la asunción de la muerte por el amor de haber vivido. A la mañana siguiente me llamaba mi hermano: «Se ha muerto. Se ha ido. Esta noche».

Han pasado casi diez años. La vida ha seguido su curso, para mí como para todos los vivos. El tiempo nos envuelve en su fluido impalpable y nos sigue musitando: «Mañana, mañana...». Y la existencia se llena de ruidos, de voces, de ecos. Pero yo sigo oyendo aquel silencio que venía ya de la eternidad, aunque todavía vivo y lleno de voces, un silencio que ha continuado resonando en el fondo sin fondo de mi cuerpo y de mi memoria como un viento que soplara «sobre los vivos y sobre los muertos».

Francisco Fernández Santos

